

INSERTAR EN UN CONTEXTO DE FE Y DE ORACIÓN TANTO LA MUERTE DE JUAN PABLO II COMO EL SUMO PONTIFICADO DE BENEDICTO XVI

Karol Wojtyła (Juan Pablo II) y el antiguo Cardenal Ratzinger (Benedicto XVI) han sido sucesivamente, el primero durante más de un cuarto de siglo y el segundo a partir del 19 de abril del 2005, el “*Obispo de la Iglesia Católica*”. La importante frase calificativa “de la *Iglesia Católica*” ha de ser interpretada, no en sentido simplemente confesional, como si se tratara de uno de los obispos de la *Iglesia Católica*, como si se tratara de contraponer *Iglesia Católica* con relación a otras comunidades separadas (“*Iglesia ortodoxa*” o “*Iglesia anglicana*”) sino en sentido descriptivo del ministerio de aquellos a quienes la gran santa y doctora de la Iglesia, Santa Catalina de Siena, se complacía en llamar el *dulce Jesús de la tierra*.

Con la expresión *Obispo de la Iglesia Católica* la antigua tradición quiso y quiere expresar que el Papa no sólo tiene, como la *mayoría* de obispos (no los titulares), una Iglesia local propia (Roma) sino que es *también* —y con la misma intensidad—, el *Obispo y Pastor propio* de todas y cada una de las restantes Iglesias locales que precisamente alcanzan su más plena y visible unidad a través del ministerio del *obispo católico* de Roma. Al decir, pues, que Juan Pablo II fue y Benedicto XVI es *obispo de la Iglesia Católica* se quiere significar que es, no *uno de los obispos* de la comunión católica, sino *el único* obispo que es *el obispo* de la Iglesia Católica como tal.

Los Papas, para expresar esta realidad universal (católica) de su ministe-

rio, en algunos de sus más solemnes documentos (cf. por ejemplo como Pablo VI firma los documentos del Vaticano II), después de su nombre, añaden a veces *únicamente* (otras veces junto a los de obispo de Roma, metropolitano de la archidiócesis romana, patriarca de Occidente...) el título que, en cierta manera *los sintetiza todos*, que es precisamente *Obispo de la Iglesia Católica*. Con esta feliz expresión se significa, pues, el ministerio del papa como *obispo y pastor propio* de todas y cada una de las Iglesias particulares (CIC, c. 331)

Estas reflexiones sobre el significado *episcopal o pastoral* del Papa pensamos que en nuestro momento histórico conviene subrayarlo y sobre todo vivirlo *a la luz de la fe*. La muerte y las exequias del llorado Juan Pablo II y la elección de Benedicto XVI han ocasionado (como era de esperar) multitud de comentarios y juicios. Los que vienen de ámbitos no eclesiales, es normal que algunos tengan acentos de elogio, otros, por el contrario, están llenos de reticencias que en el fondo, agradan o desagradan pero no son excesivamente importantes. Tanto Juan Pablo II como su sucesor son hombres con cualidades y deficiencias, hombres cercanos o lejanos de las maneras de pensar de cada uno. Los cristianos nos alegramos de que sean reconocidas por el mundo sus grandes cualidades (como ha acontecido con estos dos papas), pero hemos de subrayar por encima de todo, la función ministerial de *re-presentar*, de modo culminante, a Cristo, Cabeza de la Iglesia, que tiene el Papa. No todos los Papas han sido siempre ejemplares en su vida personal; nos alegramos ciertamente de que en los últimos tiempos hayan ocupado la Sede de Pedro hombres de cualidades admiradas por casi todo el mundo. Pero esto no es lo fundamental —es esto lo que queremos subrayar en el inicio del Pontificado de Benedicto XVI—: nosotros, los cristianos, hemos de mirar al Papa sobre todo con ojos de fe. Si él obra bien, recibirá el premio de los pastores fieles —es su problema personal—; si sus obras, por el contrario, fueran personalmente deficientes... es el Señor quien los juzgará. ¿No fue, por ventura, el primer Papa, San Pedro, el pecador que negó a su Maestro? ¿Y no fue el mismo Pedro quien dio su sangre por Jesucristo? A los fieles nos toca recordar que, como ministro de Jesucristo y por su encargo, el Papa preside y gobierna la Iglesia Universal —es el *Obispo de la Iglesia Católica*— y que si en algo nos separásemos de él, nos alejariásemos de Cristo.

Hemos de convenir que los dos acontecimientos que han marcado la vida de la Iglesia en estas últimas semanas –la muerte de Juan Pablo II y la elección de Benedicto XVI– han sido sin duda importantes para la vida eclesial. Pero nos atrevemos a decir que *importantes* sí, pero quizá no tan *extraordinarios* como algunos, sumergidos como estamos en nuestro *tiempo limitado*, podríamos llegar a pensar.

La muerte de los Papas –como la de los demás mortales– forma parte de la *vida habitual* de la Iglesia que, en su ya bimilenaria historia, ha experimentado y continuará experimentando con relativa frecuencia acontecimientos de esta índole. Y lo propio puede decirse de la sucesión en la Sede Apostólica del nuevo obispo de Roma. La muerte de un Papa puede ser –y en el caso concreto de Juan Pablo II lo ha sido– especialmente dolorosa y conmovedora para quienes lo hemos conocido, como es dolorosa para toda familia la desaparición visible de un ser amado (de los propios padres, por ejemplo).

Pero esta muerte no es *extraordinaria* en sí misma para la vida eclesial. Juan Pablo II, como todos los mortales, ha dejado la Iglesia terrena y confiamos haya sido recibido ya (sólo Dios lo sabe) en la asamblea de los elegidos. A él, como a todos los que vivimos peregrinando por el mundo, se ha de aplicar el bellísimo título que encabezaba en muchos Pontificales medievales los ritos de los moribundos y la celebración exequial (que formaba en el Medievo latino una *única celebración*, que discurría desde el Viático hasta la sepultura). El expresivo título que encabezaba el conjunto del rito era: *Quando quis ingreditur in viam universae carnis* (Cuando alguien –un cristiano– inicia el camino que *recorre todo mortal*).

Ante los despojos (o ante el humilde sepulcro cuando lo visitemos) de quien durante más de un cuarto de siglo fue el *ministro e instrumento de la presencia de Cristo*, único *Pastor y Obispo* de toda la Iglesia, y ahora ha pasado a ser el hermano *que nos ha precedido en el signo de la fe y ahora duerme el sueño de la paz* se puede recordar y aplicar la conocida frase de S. Agustín: “Por nosotros fue Papa, con nosotros fue cristiano”. Por eso la Iglesia, con lágrimas en los ojos y con agradecimiento en el corazón, pedía –y debe continuar suplicando– “la *misericordia divina* para que *pueda* alegrarse con la plena posesión de la verdad en la que

durante su vida confirmó a su pueblo”. Como los demás hombres, Juan Pablo II tuvo también sin duda defectos y limitaciones y por ello ahora hemos de rogar por él para que “quien presidió en la caridad la Iglesia Santa, alcance ahora el premio del siervo bueno y fiel”. Es muy posible –y personalmente lo deseamos– que la Iglesia un día reconozca no sólo, como ha hecho el último cuarto de siglo, su ministerio supremo que *ejerció*, sino también la perfección heroica de su vida. Pero juzgar esto último no nos corresponde a nosotros. “Quien juzga es el Señor, nosotros no debemos juzgar antes de tiempo” (1Co 4, 4-5). Lo que ahora hemos de hacer, recordando su persona, es *orar por él*, como lo ha hecho estos días la Iglesia al celebrar sus exequias y lo hará de nuevo cada año el 2 de abril, aniversario de su muerte, y no juzgar de su vida. No sea que quien tanto se esforzó por servir a la Iglesia, si nosotros ahora lo olvidáramos en la oración, se viera privado de la ayuda de la Iglesia orante.

El segundo acontecimiento que hemos vivido estos días –también frecuente en la vida bimilenaria de la Iglesia– es la elección del nuevo *ministro* de Jesucristo, que es la *única Cabeza* del Cuerpo eclesial, su *único Maestro* y su *único Pastor*. El papa es su ministro o instrumento; también este acontecimiento los cristianos lo debemos vivir intensamente *a la luz de la fe*. Es natural que el mundo contemple a Benedicto XVI con ojos simplemente humanos –incluso con miras más o menos de partidismos ideológicos y políticos– y sea juzgado desde perspectivas muy diversas por los hombres. La prensa y los restantes medios de comunicación social han hablado y juzgado de muchas maneras a Juan Pablo II y a su sucesor. Algunos de estos juicios han sido injustos e incluso falsos y repugnantes. Nos han entristecido pero, en el fondo, no deben preocuparnos excesivamente. El mundo es natural que mire a estos dos importantes personajes de la historia con visiones diversas según las distintas maneras de juzgar de cada uno.

Pero lo que sería *radicalmente inaceptable* es que los fieles, que los que nos esforzamos en seguir a Jesucristo, juzgáramos al nuevo Papa a partir de criterios de este tipo. Es innegable que Ratzinger personalmente es un teólogo y un pensador con una fuerte personalidad (como, a través de la historia, lo han sido *algunos* Papas). Pero esta vertiente no debe ser lo central en nuestra visión del Papa. El que ha sido –y personalmente

continuará siendo— un gran teólogo y un pensador con fuerte personalidad, a partir del 19 de abril es sobre todo el *Ministro* culminante del magisterio y del pastoreo de la Iglesia. Incluso si llega algún momento en que su magisterio falible (pues el mismo Jesucristo no ha querido que todo el magisterio papal fuera infalible) tuviera alguna expresión menos exacta, la Iglesia —nosotros— deberá acoger con respeto sus palabras, pues el mismo Señor, que no ha querido que el Papa fuera infalible en todos y cada uno de sus actos, ha querido que la Iglesia fuera toda ella apacentada por Pedro. La historia nos da testimonio de que en más de una ocasión afirmaciones menos justas del Magisterio han sido posteriormente propuestas con mayor justeza. La *permisión* (no la *voluntad*) del mal entra también en los planes *salvíficos* de Dios y nos puede incitar a un crecimiento constante en la humildad.

En los días que precedieron a la elección, la Iglesia suplicaba que “el *Pastor* eterno (Jesucristo), por su misericordia, concediera a la Iglesia un pastor que le agradara por su santidad, fuera útil a su pueblo” (Misa para la elección del Papa) y su oración no era vana (lo hubiera sido si su plegaria no tuviera una finalidad *posible*). La Iglesia estaba *cierta en la fe* que recibiría un pastor (un *ministro* o *instrumento* de la presencia en ella del único *Buen Pastor* que la conduce); por ello la Iglesia no pedía que Dios le concediera un Papa (esto ya estaba asegurado y no resultaba necesario pedirlo).

La Iglesia estaba cierta de que este deseado *ministro* de Jesucristo no faltaría. Jesucristo mismo lo había prometido: “Tu eres Pedro y sobre esta piedra construiré mi Iglesia” y nada (ni el correr del tiempo que nos arrebató el querido icono de Jesús que fue Juan Pablo II) podrá contra esta promesa. Por ello estábamos *ciertos en la fe*, seguros de la Palabra de Jesucristo, de que la Iglesia recibiría este instrumento de la presencia de su Pastor Jesucristo. Pero lo que sí pedía la Iglesia (porque esto en parte depende también de nuestra oración) es que el nuevo Papa, además de ser, por voluntad de Dios, instrumento de la presencia de Jesucristo, fuera también, por su vigilante dedicación pastoral, por su inteligencia, prudencia y santidad, un obispo y pastor de la Iglesia universal, que sirviera también de “ejemplo del pueblo y supiera iluminar los corazones de los fieles con la verdad del evangelio” (Misa para la elección del

Papa). Esto lo pedía –y lo seguiremos pidiendo– porque la ejemplaridad de vida y el acierto en todo Jesús no lo ha prometido al sucesor de Pedro. La historia nos evidencia que no todos los obispos que han ocupado la sede de Pedro –el mismo san Pedro– han sido *en todo* modelos de santidad.

Una de las cosas que más nos han impresionado en las aún escasas palabras del nuevo *Obispo de la Iglesia Católica* –sobre todo teniendo presente que Benedicto XVI ha sido personalmente un gran teólogo y prolífico escritor– son sus repetidas e insistentes manifestaciones de que no quiere dirigir la Iglesia según sus criterios personales. Antes de ocupar la cátedra de Pedro, el Cardenal Ratzinger ha publicado numerosos escritos teológicos e históricos, muchos de ellos con un timbre muy personal. También, como Prefecto de la Congregación de la Fe y voz del Papa ha intervenido con declaraciones magisteriales. Los numerosos escritos históricos y teológicos manifiestan sus criterios personales; que ahora, convertido en Ministro de Jesucristo, insista que no quiere conducir a la Iglesia según sus propios criterios sino que desea dirigirla como *Obispo de la Iglesia Católica* y Maestro Supremo de la fe eclesial, nos alegra. En algunos momentos quizá le será difícil –todos estamos aferrados a nuestras maneras de pensar–, pero la oración y la humildad de los fieles ha de ayudar al papa Benedicto XVI a cumplir su misión tal como él ha manifestado desea hacerlo.

Creemos que nos puede ayudar a confiar en el Magisterio de Benedicto XVI –incluso cuando éste forme parte del magisterio *fallible*, que es lo habitual en los documentos papales– recordar que los documentos que ha firmado hasta hoy como *Prefecto de la Congregación de la fe*, es decir, como *participante* ya de la misión petrina que le encomendara Juan Pablo II, están muy lejos de ser *visiones teológicas personales*. Una lectura atenta de los mismos creemos que demuestran claramente su fidelidad indiscutible del Magisterio eclesial, en plena consonancia a lo que el Cardenal Ratzinger prometió en el ya lejano 28 de mayo de 1977 cuando recibió la ordenación episcopal, y como obispo –no aún de la *Iglesia Católica* sino de *Munich*– inició su magisterio eclesial. En aquel día no defendió una tesis doctoral (como lo había hecho anteriormente exponiendo *su visión teológica* sobre un pensamiento propio),

sino que prometió ante los obispos que le iban a ordenar “conservar íntegro y puro el depósito de la fe, tal como fue recibido de los Apóstoles y conservado en la Iglesia siempre y en todo lugar”.

Es en este contexto, que ahora adquiere su función episcopal no ya únicamente como miembro del Colegio apostólico, encargado del Magisterio eclesial, sino además en calidad y con las funciones de *obispo universal*. En este momento de su elección papal, momento trascendental en su vida pero también en la vida de la Iglesia, recordamos —es un simple ejemplo— el *luminoso y actual* documento *Dominus Iesus* que escribió, no como teólogo sino como participante de la misión petrina de “conservar íntegro y puro el depósito de la fe, tal como fue recibido de los Apóstoles y conservado en la Iglesia siempre y en todo lugar”, tal como lo había enseñado el Vaticano II en la Declaración *Nostra Aetate*, sobre las verdades presentes en las diversas religiones, pero radicalmente incompletas en comparación a la Revelación judeo-cristiana.

Mirar a Benedicto XVI con ojos de fe y orar por el descanso eterno de Juan Pablo II son deberes que nos incumben *a los cristianos*. No nos escandalicemos si el mundo —incluso muchos hombres de buena voluntad— miran y juzgan estos dos grandes personajes históricos, Juan Pablo II y Benedicto XVI, con ojos distintos; pero nosotros los queremos ver en su perspectiva cristiana, por encima de sus posibles defectos y limitaciones. Por ello, este Editorial escrito para una revista de *espiritualidad y liturgia*, queremos terminarla —en otra ocasión insistiremos sobre ello— haciendo mención de dos celebraciones litúrgicas *nuevas*, que no figuran aún en los Calendarios litúrgicos escritos antes de abril del 2005: a partir de ahora el 2 de abril será el aniversario de la muerte del último Papa, el 19 de abril el aniversario de la elección de Benedicto XVI y el 28 del mismo mes el aniversario de la ordenación episcopal —en ese día recibió la misión magisterial— de aquel que ahora es el *obispo de la Iglesia católica*. — P. F.